COMISIÓN NACIONAL EJECUTIVA
DE HOMENAJE AL BICENTENARIO DEL NACIMIENTO
DEL GENERAL JOSÉ DE SAN MARTÍN
INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO

PEQUEÑA ANTOLOGIA DE MAIPU

CUARTA EDICIÓN

BUENOS AIRES, 1978

BE DE DF

PEQUEÑA ANTOLOGIA DE MAIPU

PEQUEÑA ANTOLOGIA DE MAIPU

CUARTA EDICIÓN

COMISIÓN NACIONAL EJECUTIVA
DE HOMENAJE AL BICENTENARIO DEL NACIMIENTO
DEL GENERAL JOSÉ DE SAN MARTÍN

INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO

BUENOS AIRES, 1978



Capitán General D. José de San Martín
(Óleo de autor anónimo, Bruselas, 1827)

ÍNDICE

ADVERTENCIA 7

CHILE DEFENDIDO

Oficio del Excmo. Señor Capitán General de los Andes al Superior Gobierno 9

LA BATALLA DE MAIPÚ

por Samuel A. Haigh 17

MAIPÚ

por Bartolomé Mitre 29

BATALLA DE MAIPÚ

por José Pacífico Otero 43

ADVERTENCIA

DE LA PRIMERA EDICION

El 5 de abril de 1818, en los llanos de Maipú, el Ejército Libertador argentino-chileno, al mando del capitán general José de San Martín, venció a las fuerzas españolas dirigidas por el general Manuel Ossorio, en una batalla que señaló definitivamente el rumbo de la lucha por la emancipación hispanoamericana.

Al cumplirse el sesquicentenario de tan magna fecha, el Instituto Nacional Sanmartiniano edita esta recopilación que contiene, además de los partes del glorioso hecho de armas cursados por el Libertador al Superior Gobierno, el relato de un testigo presencial de la acción –el viajero inglés Samuel Haigh– y dos piezas historiográficas que describen el desarrollo de la batalla: una debida a la pluma de Bartolomé Mitre, que pertenece al Capítulo XVIII de su "Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana"; y la otra, un trabajo póstumo de José Pacífico Otero, fundador y primer presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano.

Buenos Aires, 5 de abril de 1968.

CHILE DEFENDIDO

Oficio del Excmo. Señor Capitán General de los Andes al Supremo Gobierno

[Cursado por el General en Jefe del Ejército Unido, al Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, el 9 de abril de 1818]

Exmo. Sr. El inesperado acaso de la noche del 19 del pasado en la Cancha Rayada hizo vacilar la libertad de Chile; presentaba una escena a la verdad espantosa al ver disperso sin ser batido a un ejército compuesto de valientes y lleno de disciplina e instrucción.

Yo desde que abrí la campaña estaba tan satisfecho, que contaba cierta la victoria. Todos mis movimientos fueron siempre dirigidos a que fuese completa, y decisiva; y el enemigo desde el momento que abandonó a Curicó no halló posición en que nuestras fuerzas no le amagasen en flanco, amenazando envolverlo: así fue que ambos ejércitos caímos a un tiempo mismo el 19 sobre Talca, siéndole de consiguiente imposible emprender su retirada, ni repasar el Maule.

Esta situación, la más desesperada, vino a serle por un acaso la más dichosa; nuestras columnas de infantería no alcanzaron a llegar sino a caídas del sol, y en esta hora me era imposible emprender un ataque al pueblo. El ejército entonces formó provisionalmente en dos líneas, interín se reconocía la posición más ventajosa que convenía darle; examinando el terreno me decidí por la A. B. que manifiesta el plano Nº 1 y, en su consecuencia, di las órdenes para que se corriese toda nuestra ala derecha a ocuparla; mas apenas este movimiento se hubo ejecutado, e iba a emprenderse en la izquierda, cuando un ataque el más brusco, y el más desesperado de parte de los enemigos puso en una total confusión nuestro bagaje, y nuestra artillería, que estaba en movimiento. Eran las nueve de la noche, y a esta confusión no tardó en seguirse la dispersión de nuestra izquierda después de un vivo fuego, que duró cerca de media hora, en que el enemigo sufrió una pérdida grande, y nosotros la muy sensible, de ver herido al valiente general O'Higgins.

Yo hice cuantos esfuerzos fueron imaginables así como los demás jefes y oficiales para practicar la reunión sobre el cerro C., lo que por lo pronto se verificó bajo la protección de la reserva: aquí volvió a empeñarse uno de los combates más obstinados; pero la noche entorpecía cualquier medida, y al fin no hubo más recurso que ceder.

Nuestra derecha no había sido incomodada suficientemente, y el Coronel Las Heras tuvo la gloria de conducir y retirar en buen orden los cuerpos de infantería y artillería, que la componían. Este era sólo el apoyo que nos quedaba a mi llegada a Chimbarongo: entonces tomé todas las medidas posibles para practicar la reunión, especialmente sobre la angostura de Regulemú. El Cuartel General se situó en San Fernando.

Aquí permanecí dos días, y aseguro a V.E. que nuestra posición era la más embarazosa. Todo el bagaje, y todo el material del ejército lo habíamos perdido; desprovistos de todo, de todo, necesitábamos para poder hacer frente a un enemigo superior y engreído con la victoria. En este caso no hallé otro partido que tomar, que el de replegarme rápidamente sobre Santiago, poner todos los resortes en movimiento, y procurarme cuantos auxilios estaban a mis alcances para salvar el país.

Es increíble, Sr. Exmo., si se asegura que en el término de tres días el ejército se reorganizó en el campo de instrucción, distante una legua de esta ciudad: el espíritu se reanimó; y a los trece días de la derrota con una retirada de 80 leguas estuvimos ya en el caso de poder volver a encontrar al enemigo. El interés, la energía, y firmeza con que los jefes y oficiales todos del ejército cooperaron al restablecimiento del orden y disciplina les será un honor eterno. Verdad es que nuestras fuerzas eran ya muy inferiores a las suyas, muchos de nuestros cuerpos estaban en esqueleto: y teníamos batallones que no formaban 200 hombres.

Entre tanto el enemigo se avanzaba con rapidez, y el 1º del corriente tuve avisos positivos de haber pasado todo el grueso el Maipú por los vados de Longuen, y que marchaba en la dirección de las gargantas de la Calera.

La posición del campamento no era segura ni militar. El 2 marchamos a campar sobre las acequias de Espejo; este día, el 3 y el 4 hubo fuertes tiroteos entre las guerrillas; y el ejército pasó todas estas noches sobre las armas.

El enemigo se nos acercó al fin el 5: todos sus movimientos parecían dirigidos a doblar en distancia nuestra derecha, amenazar la capital, poder cortarnos las comunicaciones de Aconcagua, y asegurarse la de Valparaíso.

Cuando vi, que trataba de practicar este movimieno creí era el instante preciso de atacarlo sobre su marcha, y ponerme a su frente por

medio de un cambio de dirección sobre la derecha. V. E. lo verá marcado en el plano Nº 2 y fue el preparativo de las operaciones posteriores.

Bajo la conducta del benemérito Brigadier General Balcarce puse desde luego toda la infantería; la derecha mandada por el Coronel Las Heras; la izquierda por el Teniente Coronel Alvarado; y la reserva por el Coronel D. Hilarión de la Quintana; la caballería de la derecha al Coronel D. Matías Zapiola con sus escuadrones de granaderos; y la de la izquierda a la del Coronel D. Ramón Freyre con los escuadrones de la escolta del Exmo. Director de Chile, y los cazadores a caballo de los Andes.

Notado por el enemigo nuestro primer movimiento, tomó la fuerte posición A. B. destacando al pequeño cerro aislado C. un batallón de cazadores para sostener una batería de cuatro piezas que coloqué en este punto a media falda: esta disposición era muy bien entendida, pues aseguraba completamente su izquierda, y sus fuegos flanqueaban, y barrían todo el frente de la posición.

Nuestra línea formaba en columnas cerradas, y paralelas, se inclinaba sobre la derecha del enemigo, presentando un ataque oblicuo sobre este flanco, que a la verdad tenía descubierto. La reserva cargaba también a retaguardia sobre el mismo; estaba en aptitud de envolverlo, y sostener nuestra derecha. Una batería de 8 piezas de Chile mandada por el Comandante Blanco Cicerón se situó en la puntilla D., y otra de 4 por el Comandante Plaza en E. desde donde principiaron a jugar con suceso y a cañonear la posición enemiga.

En esta posición se descolgaron nuestras columnas del borde de la pequeña colina, que formaba nuestra posición para marchar a la carga y arma al brazo sobre la línea enemiga: ésta rompió entonces un fuego horrendo, pero esto no contuvo la marcha: su batería de flanco en el cerrito C. nos hacía mucho daño. En el mismo instante un grueso trozo de caballería enemiga situado en el intervalo C. B. se vino a la carga sobre los granaderos a caballo, que formados en columnas por escuadrones avanzaban siempre de frente. El escuadrón de la cabeza lo mandaba el Comandante Escalada, que verse amenazado del enemigo, e irse sobre él, sable en mano, fue obra de un instante, el Comandante Medina sigue este mismo movimiento: los enemigos vuelven caras a 20 pasos, y fueron perseguidos hasta el cerrito, de donde, a su vez, fueron rechazados los nuestros por el fuego horrible de la infantería y metralla enemiga. Los escuadrones se rehacen con prontitud, y dejando a su derecha el cerro pasan persiguiendo la caballería enemiga, que se replegaba sobre la Colina B.: aquí fue reforzada considerablemente, y rechazó a los escuadrones, que vinieron a rehacerse sobre el Coronel Zapiola, que sostenía con firmeza estos movimientos: todos vuelven nuevamente

a la carga hasta que el enemigo fue por último deshecho en esta parte, y perseguido.

Entre tanto el fuego se empeñaba del modo más vivo y sangriento entre nuestra izquierda, y la derecha enemiga: ésta la formaban sus mejores tropas, y no tardaron en venirnos igualmente a la carga formados en columna cerrada, y marchando sobre su derecha a la misma altura, otra columna de caballería.

El Comandante Borgoño había remontado ya la loma con ocho piezas de la artillería de Chile, que mandaba, que destiné a nuestra izquierda con el objeto de enfilar la línea enemiga: él supo aprovechar este momento, e hizo fuego a metralla tan rápido sobre sus columnas que consiguió desordenar su caballería: a pesar de esto, y de los esfuerzos de los Comandantes Alvarado y Martínez, que mostraron más que nunca su bravura, nuestra línea trepidó, y vaciló un momento: los infantes de la Patria no pudieron menos que retroceder también, mas al mismo instante di orden al Coronel Quintana, para que con su reserva cargase al enemigo lo que ejecutó del modo más brillante: éste se componía de los batallones Nº 1 de Chile, 3 de ídem y 7 de los Andes al mando de sus Comandantes Ribera, López y Conde: esta carga y la del Comandante Tonson del primero de Coquimbo dio un nuevo impulso a nuestra línea, y toda volvió sobre los enemigos con más decisión que nunca.

Los escuadrones de la escolta y cazadores a caballo al mando del bravo Coronel Freyre cargaron igualmente, y a su turno fueron cargados en ataques sucesivos. No es posible Sr. Exmo. dar una idea de las acciones brillantes, y distinguidas de este día, tanto de cuerpos enteros como de jefes e individuos en particular; pero sí puede decirse que con dificultad se ha visto un ataque más bravo, más rápido, y más sostenido. También puede asegurarse que jamás se vio una resistencia más vigorosa, más firme, ni más tenaz. La constancia de nuestros soldados, y sus heroicos esfuerzos vencieron al fin, y la posición fue tomada regándola en sangre, y arrojando de ella al enemigo a fuerza de bayonetazos.

Este primer suceso parecía debía darnos por sí solo la victoria; mas no fue posible desordenar enteramente las columnas enemigas: nuestra caballería acuchillaba a su antojo los flancos y retaguardia de ellas pero siempre marchando en masa llegaron hasta los callejones de Espejo, donde posesionados del cerro F. se empeñó un nuevo combate que duró más de una hora, sostenido éste por el Nº 3 de Arauco, infantes de la Patria, y compañías de otros cuerpos, que iban entrando sucesivamente. Por último los bravos batallones Nº 1 de Coquimbo, y 11 que habían sostenido nuestra derecha, los atacan del modo más decidido, cuyo arrojo puso a los enemigos en total dispersión. Los portezuelos, y todas las principales salidas estaban ocupadas por nuestra caballería.

Sólo el general en jefe Osorio, escapó con unos 200 hombres de caballería, y es probable no salve de los escuadrones, y demás partidas que le persiguen: todos sus generales se hallan prisioneros en nuestro poder: de este número contamos a la fecha más de 3.000 hombres, y 190 oficiales con la mayor parte de los jefes de los cuerpos: el campo de batalla está cubierto de 2.000 cadáveres. Su artillería toda; sus parques; sus hospitales con facultativos; su caja militar con todos sus dependientes; en una palabra, todo, todo cuanto componía el ejército real es nuestro prisionero o está en nuestro poder.

Nuestra pérdida la regulo en mil hombres entre muertos, y heridos. Luego que el estado mayor pueda completar la relación positiva de ellos, tendré el honor de dirigirla a V. E. así como la de los oficiales que más se hayan distinguido.

Estoy lleno de reconocimiento a los infatigables servicios del Sr. General Balcarce: él ha llevado el peso del ejército desde el principio de la campaña, así como el ayudante general del estado mayor Aguirre, y demás individuos que lo componen, y cirujano mayor D. Diego Paroisien.

También estoy satisfecho de la comportación del ingeniero Dable, como igualmente de la de mis ayudantes O'Brian, Guzmán, y Escalada, y la del secretario de la guerra Zenteno, y el particular mío Marzan.

Me queda sólo el sentimiento de no hallar cómo recomendar suficientemente a todos los bravos, a cuyo esfuerzo y valor ha debido la Patria una jornada tan brillante.

Ruego a V. E. que a continuación de este parte haga insertar la relación de los jefes que han tenido la gloria de seguir esta campaña tan penosa como brillante.

Sé que ofendo la moderación del valiente Exmo. Sr. Supremo Director de este Estado D. Bernardo O'Higgins; pero debo manifestar a V. E. que hallándose gravemente herido montó a caballo, y llegó al campo de batalla a su conclusión, teniendo el sentimiento que de estas resultas se ha agravado de su herida.

Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel general en Santiago, Abril 9 de 1818. *Exmo. Sr. José de San Martín.*

Exmo. Sr. Director Supremo de las Provincias Unidas de Sud-América.

NOTA: La acción principió a las doce del día y se concluyó a las oraciones.

OTRA: La fuerza del ejército enemigo se componía de 5.300 hombres de todas las armas; la del nuestro de 4.900.

Capitán General y en Jefe de los Ejércitos Unidos	D. JOSE DE SAN MARTIN
General en Jefe sustituto, Brigadier	D. Antonio González Balcarce
Coronel	D. Hilarión de la Quintana
Id.	D. José Matías Zapiola
Teniente Coronel	D. José Melián
Id.	D. Manuel Medina
Id.	D. Manuel Escalada
Id.	D. Mariano Necochea
Id.	D. Pedro Conde
Id.	D. Francisco Montes Larrea
Id.	D. Rudecindo Alvarado
Id.	D. Enrique Martínez
Id.	D. Mariano Larrazábal
Id.	D Pedro Regalado Plaza
Coronel graduado	D Juan Gregorio Las Heras
Sargento Mayor	D. José María Aguirre
Id.	D. Domingo Frutos
Id.	D. Ramón Guerrero
Id.	D. Severo García de Zequeira
Id.	D. Joaquín Nazar
Id.	D. Cirilo Correa
Id.	D. Nicasio Ramallo
Id.	D. Lino Ramírez Arellano
Id.	D. Benjamín Viel
Id.	D. Alberto Dalbe
Id.	D. Domingo Torres
Id.	D. Mariano Escalada

[Archivo General de la Nación. Documentos Referentes a la Guerra de la Independencia y Emancipación Política de la República Argentina. Vol. II, pág. 255-264.]

Enterado

Exmo. Sor.

Nada existe del Exercito enemigo: lo q. no ha sido muerto, es prisionero. Artilleria ciento sesenta ofic.s todos sus Generales, excepto Osorio están en nuestro poder: yo espero q. este ultimo me lo traigan hoy. la accion del 19. ha sido remplasada con usura: en una palabra, ya no hay enemigos en Chile.

Dios gue. á V.E. m.s a.s Quartel Gral en el Campo de Maypu Abl 5 de 1818.

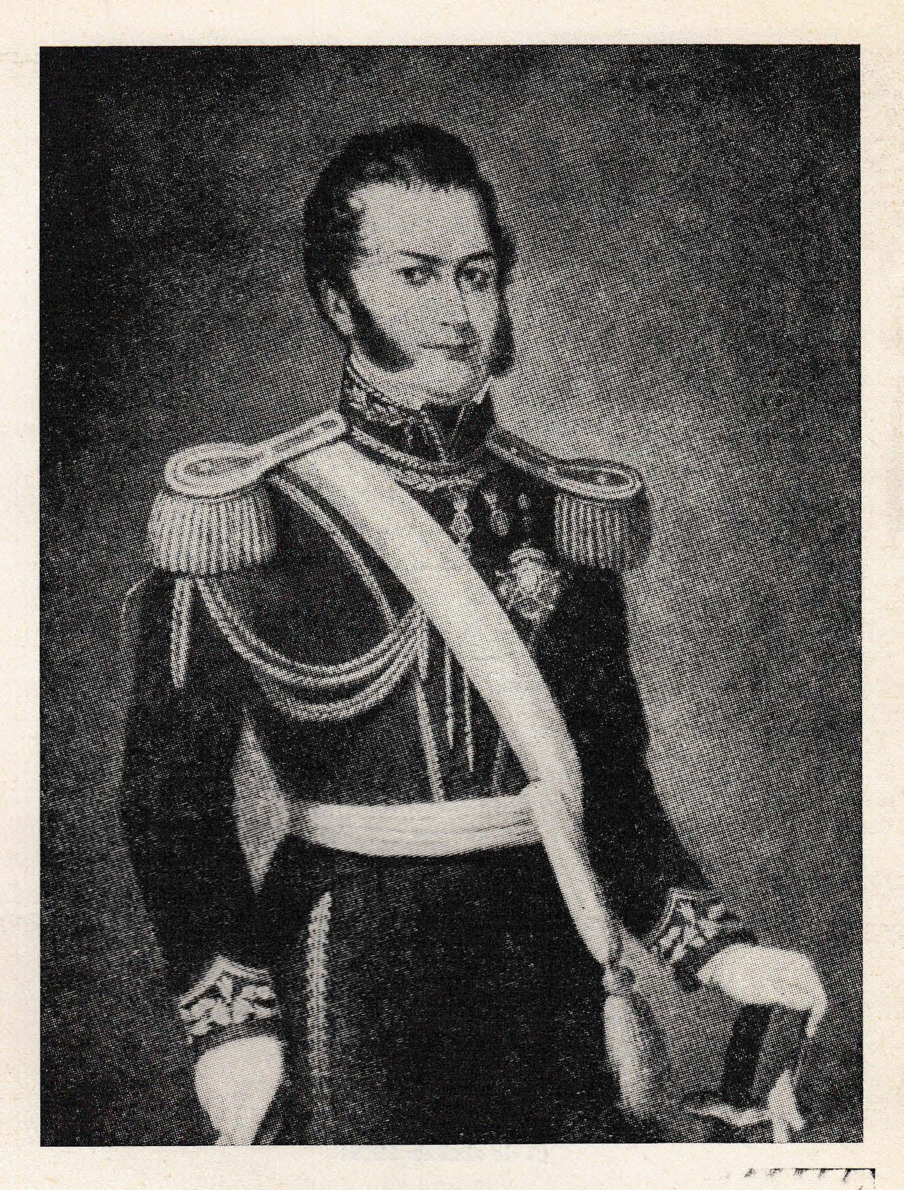
Exmo. Sor.

Jose de Sn. Martin

Fho

Exmo. Sor. Supremo Director de las Provs. Unidas de Sud Amca.

Parte de la Batalla de Maipú
(5 de abril de 1818)



General D. Bernardo O'Higgins

(Oleo de José Gil de Castro; Santiago de Chile, 1818.
Original existente en el Museo Histórico Nacional.)

LA BATALLA DE MAIPU

por SAMUEL A. HAIGH

Los regimientos estaban organizados y el 1º de abril la fuerza patriota se componía de cuatro mil setecientos infantes y ochocientos jinetes todos en muy buen estado, considerando su reciente contraste, y como el ejército había sido recientemente uniformado, las tropas tenían un lindo aspecto marcial. Habían perdido toda su artillería en Cancha Rayada, pero había sido reemplazada pues tenían dos inmensos cañones tirados por bueyes a más de un hermoso parque de artillería.

Acostumbrábamos por la tarde ir a caballo al campamento para visitar a nuestros amigos del ejército, y la silenciosa y sombría fiereza de los soldados, especialmente de los negros, la interpretábamos de buen augurio para la causa de la libertad. Su silencio severo indicaba claramente que comprendían tener que habérselas fatalmente con el enemigo; en efecto, habían de antemano declarado que no daban ni pedían cuartel.

Oficiales superiores al mando de San Martín, eran los generales Balcarce, Alvarado y Quintana, los coroneles Las Heras, los dos Escalada, Martínez, Melián, Necochea, Zapiola y Blanco; los capitanes Lavalle, Martínez, etc., además de muchos de grado inferior que en varias ocasiones se habían distinguido por su valor; también había varios oficiales extranjeros de mérito, venidos de Europa, para servir la causa de la libertad, entre ellos Beauchef, D'Albe, Viel, Brandsen, franceses, y O'Brien, Lowe y Lebas, británicos. El general Brayer, que había sido oficial distinguido del ejército francés y premiado por Bonaparte con la Legión de Honor, había tenido hasta entonces el mando de la caballería patriota; pero a raíz de una discusión con el comandante en jefe, pidió permiso para retirarse del ejército. Como este pedido, en vísperas de batalla, se consideraba más bien inoportuno, San Martín, en términos descomedidos, le expresó su sorpresa y después de decirle que fuese adonde quisiera, concluyó por agregar: "¡Señor general, usted es un c...!".

Después encontramos en la Cañada al general Brayer, con su ayudante viniendo del ejército que había abandonado del todo, e iba a los baños de Colina, a cinco leguas de Santiago.

El 3 de abril, mister Barnard y yo visitamos el campo patriota por última vez. El ejército se había movido del Molino e ido cerca de la hacienda de Espejo, como a tres leguas de Santiago, y allí esperó al enemigo.

Aquella tarde los realistas pasaron el río Maipú y avanzaron por el llano. Vimos de lejos sus lucientes armas brillando con el sol poniente. Partidas pequeñas de caballería del ejército patriota salieron a reconocer el enemigo. Durante el avance de los españoles, que había sido dirigido con mucha lentitud, partidas de guerrillas los habían constantemente rodeado por el flanco y retaguardia y cantidad de esos soldados ahora escaramuzaban a lo lejos en el llano.

Estaba por oscurecer, cuando Barnard y yo regresamos a Santiago; no habíamos andado medio camino por la ruta principal, cuando encontramos varios guerrilleros con un hombre herido; nos dijeron que una partida enemiga se encontraba en el camino y, en consecuencia, mi amigo y yo hicimos un rodeo de media legua y ganamos la ciudad por el camino de Valparaíso. El 4, aparte de continuar las escaramuzas, nada ocurrió de importncia; y, por la noche, los realistas tomaron posiciones frente al molino de Espejo.

Aquella noche tuve oportunidad de presenciar la sangre fría de O'Higgins; era como las nueve –la noche negra como el Erebo y la ciudad de Santiago presa de la mayor alarma, por la proximidad del enemigo–, se habían colocado centinelas en todas las esquinas, se doblaron las patrullas y se cavaron trincheras profundas en las bocacalles del lado de la Cañada y en el camino de Valparaíso.

Los patriotas temían que los españoles volviesen a intentar un ataque nocturno y sorprender la ciudad. Justo en esta incertidumbre, el mayor D'Albe llegó del ejército con la noticia que una división enemiga se aproximaba a la ciudad por el camino de Valparaíso y que probablemente llegaría en hora y media más. No había tropa sino milicianos en la ciudad. Yo estaba en palacio cuando llegó la noticia, y se instó al Director para que buscase refugio en el ejército patriota; respondió: "No, moriré aquí, y si me encuentran, será en mi puesto".

Por mi parte, sabiendo que la milicia ciudadana, compuesta en su mayor parte de tenderos, era tan valerosa que "de buena gana confundiría el diablo con un tambor", resolví no atenerme al resultado de su encuentro con tropas regulares, y regresando a casa, ordené preparar

mi caballo, de modo que, cuando entrasen los españoles, pudiera irme al campamento. Una vez que mi caballo estuvo ensillado en el primer patio y arregladas las pistoleras, me acosté vestido en el lecho a la espera de los acontecimientos. El tiempo pasaba lenta o quizás ansiosamente, pues esperaba cada momento que mis oídos fuesen saludados por el tiroteo de los invasores.

El *¿Quién vive?* dado por los centinelas a patrullas y transeúntes resonaba en todas las calles. *¡La patria! ¡Gente de paz!*, eran las respuestas constantes, y sería difícil, para personas que nunca se hayan encontrado en análoga situación, concebir mis sensaciones al encontrarme sólo, de noche, en tales circunstancias; mis amigos ingleses, lo mismo que yo, siempre dormíamos en nuestras respectivas casas para protegerlas de los ladrones callejeros y puede suponerse sin dificultad si estaba suficientemente alerta. Dos horas transcurrieron en esta desagradable incertidumbre y todavía estaba en la cama, despierto —pero los días anteriores había estado fatigado, de ánimo y cuerpo, y me encontraba exhausto—; de modo que no obstante mi intento de mantener los ojos abiertos, al fin me sumergí en un profundo sueño, del que no desperté hasta la salida del sol, cuando al mirar afuera vi el caballo parado tranquilamente junto a la puerta y la ciudad en perfecta quietud.

La mañana del domingo 5 de abril, la época más deliciosa del año en Chile, ni una sola nube oscurecía el brillante y eterno azul del firmamento; los pájaros cantaban y los azahares esparcían un perfume delicioso en la brisa; había esa balsámica suavidad del aire tan propia del clima; las campanas llamaban a misa y un sentimiento religioso se deslizaba en los sentidos al unísono con la santidad del día; parecía sacrilegio que tan santa quietud se interrumpiese con estrépito de batalla.

A pesar de esto yo sabía que así sucedería; por consiguiente, envolviendo una muda de ropa y una frazada doblada en mi capa, y atándola en la montura, me armé con un par de pistolas y un sable, monté a caballo, con sólo tres doblones en el bolsillo, y fui a unirme con mis compatriotas Barnard y Begg. Pronto estuvieron equipados y armados como yo, y salimos de la ciudad en dirección al ejército patriota [1]. Sentí algo como satisfacción al dejar la ciudad esa mañana, pues pocas horas pondrían fin al estado agonizante de esperanza y temor que había alterna-

[1] El informe del Mayor D'Albe, la noche anterior, era exacto. Después se descubrió que una división realista se había extraviado en la noche y estado efectivamente en el camino de Valparaíso; pero, notando el error, hizo alto como a las nueve y se juntó con el cuerpo principal al romper el día.

tivamente agitado a todos desde el desastre de Cancha Rayada. En efecto, muchos de los habitantes de Santiago estaban medio locos. Cuando entramos en el llano, como a una legua de la ciudad, oímos los primeros cañonazos, a largos intervalos, pero llegando a la posición patriota, encontramos los dos ejércitos empeñados encarnizadamente y el fuego era un sólo rugido prolongado.

Los movimientos de la mañana fueron los siguientes:

Cuando despuntó el alba, en el día decisivo, grande para los destinos de la libertad y de Chile, se descubrió el enemigo marchando desde Espejo, y, por un movimiento de flanco, a punto de ocupar el camino de Santiago. La intención de Osorio parece haber sido colocarse entre la ciudad y el ejército patriota, con lo que consideraba mejorar notablemente su posición. San Martín inmediatamente hizo mover su ejército y avanzó hacia el enemigo en columnas cerradas y mediante una marcha rápida, llegó a tiempo de frustrar esta maniobra de ocupar el camino principal. Osorio, entonces, hizo alto y tomó posición sobre la lomada, frente a la chacra de Espejo en el orden siguiente:

Su derecha fue ocupada por el regimiento de Burgos y su izquierda por el Infante Don Carlos; el centro lo formaban las tropas sacadas de Perú y Concepción; estaban en columnas cerradas, flanqueadas por cuatro escuadrones de dragones a la derecha y un regimiento de lanceros a la izquierda. El terreno que ocupaban era el borde de una loma que se extendía cerca de una milla, y en su extrema izquierda había un montículo aislado en el cual habían emplazado cuatro cañones y unos doscientos hombres. Su número subía a más de seis mil.

El ejército patriota se dispuso en columnas, como sigue:

Su izquierda la mandaba el general Alvarado; el centro el general Balcarce; la derecha el coronel Las Heras, y la reserva el general Quintana. La acción comenzó como a las once y se inició por la artillería patriota de la derecha; el cañoneo fue a intervalos sobre la izquierda realista que avanzaba; y antes de las doce, la acción se hizo general. Cuando los del Infante Don Carlos descendían la loma, recibieron el fuego muy destructor de la artillería del coronel Blanco, cuyos efectos eran visibles a cada cañonazo, llevando la destrucción y el desaliento a sus columnas. La batalla aquí fue bien disputada y estuvo indecisa mucho tiempo. El coronel Manuel Escalada, con un escuadrón de Granaderos a Caballo, cargó el montículo en que estaban emplazadas las cuatro piezas de artillería y las tomó; los cañones en seguida fueron apuntados contra sus dueños primitivos.

A la derecha los realistas sacaron ventaja; el nutrido y bien dirigido fuego del regimiento de Burgos introdujo confusión en el ala izquierda

patriota compuesta principalmente de negros, y fueron al fin completamente dispersados, dejando cuatrocientos cadáveres en el campo de batalla. En este momento crítico, la reserva al mando de Quintana recibió orden de atacar. El Burgos avanzó tan rápidamente que se desordenó en parte y se había retirado algo para formarse, cuando la reserva patriota se lanzó sobre él, sufriendo un fuego mortífero dirigido con admirable precisión y efecto, y con tanta regularidad como si se tratase de una parada; éste fue sin duda el momento más dudoso de la acción, y así fue considerado por Quintana que, reforzado por un escuadrón de Granaderos a Caballo, dio la orden de cargar.

El choque fue tremendo, cesando el fuego casi de golpe y ambos bandos cruzaron bayonetas. Los gritos repetidos de "¡Viva el Rey!", "¡Viva la Patria!", demostraban que cada pulgada de terreno era disputado desesperadamente; pero, a causa del polvo y humo, difícilmente podríamos saber de qué lado se inclinaba la victoria. Finalmente el grito realista enmudeció, y el avance de los patriotas con grandes vítores de "¡Viva la Libertad!" proclamaban que la victoria era suya.

Cuando el Burgos se apercibió que sus filas estaban rotas, abandonaron toda idea de resistencia ulterior y huyeron en todas direcciones, aunque principalmente hacia el Molino de Espejo. Fueron perseguidos por la caballería y despedazados sin piedad. En efecto, esta virtud había sido desterrada de los pechos de ambos bandos. La carnicería fue muy grande y me decían algunos oficiales que habían servido en Europa, que nunca presenciaron nada más sangriento que lo ocurrido en esta parte del campo de batalla.

Más o menos, al mismo tiempo que se efectuaba la carga, contra el ala derecha enemiga, el coronel Las Heras había destruido la izquierda, que se retiraba igualmente hacia Espejo. En el centro la acción se sostuvo con gran determinación hasta que, dándose cuenta de que ambas alas estaban en derrota, los españoles cedieron y el desastre se hizo general, retirándose todos a correr hacia Espejo.

Esta hacienda tiene tres corrales, y está rodeada por tapias macizas, capaces de proteger dos mil hombres; y es sorprendente que los realistas no sostuvieran esta buena posición, pues su defensa era muy practicable y les habría economizado muchas vidas, y quizás habilitado para capitular en condiciones honrosas; sin embargo, perdido todo orden, solamente pensaron en salvarse.

Los patriotas al mando de Las Heras, avanzaban por el callejón que conduce a las casas y, al aproximarse, los realistas levantaron bandera blanca desde la ventana que hay encima de la entrada, pidiendo capitulación, que se otorgó, cuando acto continuo las puertas fueron

voladas por un cañonazo con metralla, disparado desde el patio. Los patriotas, naturalmente, ya no dieron cuartel e instantáneamente cargaron; siendo recibidos por un nutrido fuego de mosquetería que se hacía desde puertas, ventanas y todas las troneras de la Casa. Sin embargo, esto solamente duró breve tiempo, pues los patriotas entraron en gran número y rápidamente desalojaron al enemigo.

Los realistas ya no hicieron más resistencia, la voz de orden era: ¡Sálvese el que pueda! y hacían esfuerzo por salir de la casa con la rapidez posible, pero fueron perseguidos y masacrados por el implacable enemigo. Hay un gran viñedo detrás de la casa por donde huyeron muchos realistas, pero a estar al cómputo más bajo, quinientos hombres perecieron en la hacienda y el viñedo.

La linda hacienda de Espejo presentaba un horrible cuadro después del combate; las puertas y ventanas perforadas por balas de mosquete; los corredores, paredes y pisos, con porciones de sesos y coágulos y salpicaduras de sangre, y todo el lugar, dentro y fuera, cubierto de cadáveres. La casa estaba llena con el bagaje del ejército español y el saqueo fue inmenso. Muchos soldados se enriquecieron durante la acción y es lamentable que varios oficiales les atendieran más a sus bolsillos que al éxito de la jornada; ocurrieron algunos casos de rapacidad que ahora no es necesario mencionar: pero la conducta en general de oficiales y soldados fue admirable; combatieron desesperadamente y entusiastamente, "con corazones por la causa de la Libertad y manos para el golpe de la Libertad".

Parte del regimiento de Burgos se había retirado a una eminencia donde no podía maniobrar la caballería patriota; éstos capitularon y cayeron prisioneros.

En el período de la acción, en que el Burgos fue derrotado, mister Barnard y yo (que estábamos en el estado mayor del General San Martín) nos hallábamos a caballo junto a aquel General, cuando el capitán O'Brien regresó de la carga y anunció la victoria. Entonces el General nos pidió fuéramos en busca del coronel Paroissien, cirujano principal de las fuerzas, a quien deseaba ver inmediatamente; en consecuencia, recorrimos el campo de batalla en varias direcciones y dimos con un molino, distante media milla a retaguardia del ejército, donde encontramos al coronel entregado a sus deberes profesionales.

Se había convertido el molino en hospital de sangre durante la acción y el patio del frente estaba lleno de heridos, principalmente negros, que habían sido recogidos del campo de batalla. El cirujano principal estaba amputando la pierna de un oficial que había sido destrozada por una bala de mosquete, y tenía sus manos cubiertas de sangre. Al transmitirle la orden del General, el coronel (una vez terminada la ampu-

tación), escribió un despacho para O'Higgins, en Santiago, pidiéndome me encargara de llevarlo, e informase también al Director que se necesitaban carros y carretas para llevar heridos a los hospitales de la ciudad.

El pedazo de papel en que se escribió el despacho fue recogido del suelo y estaba manchado de sangre. Dejé el molino, galopé para la ciudad y en breve tiempo llegué a la Cañada, gran arrabal en el camino de Valparaíso. Aquel día la ciudad estaba casi despoblada de habitantes, que se habían situado en este suburbio donde estaban esperando con la mayor ansiedad, saber:

How the sounding battle goes,
If for them or for their foes;
If they must mourn or may rejoice [2].

Al entrar en la Cañada anuncié la victoria, gritando con todas mis fuerzas: ¡Viva la Patria! y mostré el papel ensangrentado que llevaba para el Director. Apenas hube proferido estas palabras cuando en respuesta se alzó una gritería de la multitud que hizo retumbar el firmamento entero, y el tropel de la gente me envolvió, para obtener más detalles, casi ahogándome con el calor y el polvo. Un señor anciano, a caballo, en los raptos de su patriotismo, me echó los brazos y casi me ahogó por el fervor de su abrazo, del que me libré con una maniobra que debe haber sentido, tenía de todo menos de simpática.

Luego de desprenderme de este grupo pasé por la Cañada; las campanas repicaban y resonaban el aire con exclamaciones de ¡Viva la Patria! ¡Viva San Martín! ¡Viva la Libertad!, pero a medida que me aproximaba a la ciudad, la multitud se hacía más densa, y me precipité por una calle excusada en las orillas de la ciudad; después de evitar una trinchera larga y recién cavada, haciendo un rodeo, galopé a palacio. Encontré las entradas atestadas de populacho, del que formaba parte mi sirviente, a quien dejé el caballo y, a empellones, me abrí paso con dificultad hasta la sala de audiencia.

Allí tuve la sorpresa de saber la ida del Director al campo de batalla. Fue tan gravemente herido la noche del 19, que los médicos habían opinado que le sería fatal afrontar la fatiga del servicio. En consecuencia, permaneció en la ciudad, con unos pocos milicianos, relativamente tranquilo, durante las primeras horas de la mañana; pero así que llegó a sus oídos el cañoneo lejano, su valor impetuoso venció toda otra con-

[2] Como va la estrepitosa batalla, si por ellos o por sus enemigos, si deben llevar luto, o pueden regocijarse.

sideración y, poniéndose a la cabeza de su gente, salió a la carrera de la ciudad para tomar parte en la refriega. Encontré al coronel Fontecilla haciendo sus veces, a quien entregué el despacho, y le trasmití el mensaje que me había encomendado.

Saliendo de palacio, me encaminé donde el doctor Gana, cuya familia se había siempre distinguido por su patriotismo, e indudablemente había sido tratada con severidad por el tirano Osorio. La madre y sus tres bellas hijas estaban en la mayor ansiedad, pues cuatro hijos aquel día pelearon en el ejército patriota. Al asegurarles a las damas que "La Patria" había arrancado victoria completa, derramaron lágrimas de gozo, pero no sin mezcla, pues el destino de sus hijos y hermanos aún no se sabía [3]. Recibí sus abrazos con sentimiento muy diferente de aquel con que había recibido el feroz que me propinaron en la Cañada.

En seguida fuime a casa para cerciorarme de la situación en aquel barrio.

Mi dependiente, español, estaba en la mesa comiendo con varios amigos; había oído un relato diferente de la batalla y parecían completamente satisfechos del resultado. Primero apoyé la idea y díjeles que sus compatriotas habían triunfado y se exaltaron de placer; luego agregué que sus compatriotas habían perdido y la transición fue como la luz del sol a un chaparrón. Después de comer apresuradamente monté un caballo de refresco, para regresar al campo de batalla. Todas las campanas de las iglesias repicaban y los sacerdotes encendían fuegos artificiales desde las torres. Esta costumbre sudamericana en los días festivos y el renglón correspondiente a la pólvora no es el mínimo en la lista de gastos eclesiásticos.

Alcancé mucha gente que se dirigía al teatro de la acción, algunos para buscar a sus amigos y parientes, otros por curiosidad y otros que quizás no habrían deseado hacer públicos sus propósitos.

Había varios sacerdotes a caballo. Un rollizo fraile dominicano con hábito, rosario, cuentas, sombrero de teja y toga de bombasí arremangada hasta las caderas, iba al galope.

Al preguntarle lo que podía decidir a un hombre de su humilde profesión para visitar una escena de carnicería, me dijo que él era tan óptimo patriota como buen cristiano, y que iba a felicitar a los generales y confesar a los heridos de muerte. Lo dejé en el terreno para poner en práctica esta piadosa intención.

Aunque escasamente transcurridas dos horas después de la pelea, los huasos del campo (que todo el tiempo se habían mantenido a caballo

[3] Don Juan Gana, el hijo menor, que era teniente, murió en la acción.

rondando apenas fuera de tiro) se ocuparon en desnudar a los moribundos y muertos; en efecto, muchos de los últimos estaban ya desnudos, y los nativos se alejaban con los despojos. Vi un hombre retirarse con pillaje cuantioso, entre otras cosas, una docena de mosquetes cruzados en la cabeza del recardo; y tengo razones para saber que muchos pobres heridos infelices, especialmente españoles, no obtuvieron juego limpio durante este pillaje impío; mataron a muchos que habían sobrevivido bastante bien si se les hubiera dejado al "tiempo y costumbre mortal".

Me detuve para mirar un cadáver que confundí con el de mi amigo el capitán Sowersby, pero resultó de un oficial español del Burgos; tenía perforada la frente de un balazo, y al lado, se veía un panflecito de que me apoderé, desmontando al efecto; el panfletito y una gran escarapela roja española que encontré sueltos en el suelo, fueron los únicos trofeos que tomé en aquel memorable campo de batalla.

Después fui al Callejón de Espejo, donde, en la hondonada de una colina, estaban reunidos San Martín y sus jefes. En este momento llegó O'Higgins y su encuentro con San Martín fue interesantísimo. Ambos generales se abrazaron a caballo y mutuamente se felicitaron por el éxito de la jornada.

Los soldados estaban trayendo los oficiales y tropas españolas que habían caído prisioneros; entre los primeros se hallaban los generales Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado, etcétera. Nada podía exceder al furor salvaje de los negros del ejército patriota; habían llevado el choque de la acción contra el mejor regimiento español, y perdido la mayor parte de sus efectivos; deleitábales la idea de fusilar los prisioneros. Vi un negro viejo realmente llorando de rabia cuando se apercibió que los oficiales protegían de su furor a los prisioneros.

Se formaron dos líneas de jinetes y entre ellas marcharon los prisioneros. Los servicios de mis amigos, Begg y Barnard, y los míos, fueron requeridos en esta ocasión. Nuestra misión era mantener apartados a los soldados e impedirles sacrificar a los cautivos. Adelantaba al paso de mi caballo, y un oficial español que iba a mi lado, estaba tan cansado que apenas podía caminar y me pidió que lo subiera en ancas, y ya iba a acceder cuando se opuso el coronel Paroisien, diciendo que solamente expondría la vida de los dos, pues seguramente los negros le harían fuego. Marchamos hasta llegar cerca del molino donde una guardia se hizo cargo de los prisioneros, y regresamos a Santiago mucho después de puesto el sol.

Además de los oficiales nativos que han sido ya mencionados en mi relato de la batalla, varios oficiales extranjeros se distinguieron altamente; entre ellos se cuentan O'Brien, Sowersky, Viel, Beauchef, D'Albe,

Low y Lebas. El coronel Manuel Escalada fue despachado a Buenos Aires la noche de la batalla con noticias de la victoria, e hizo la jornada por la cordillera y las pampas en el breve tiempo de diez días. También enviamos un chasque para hacer volver a nuestros amigos ingleses de la cumbre de los Andes donde habían vivaqueado más de una semana.

El general Osorio, general en jefe del ejército realista, huyó del campo de batalla como a la una de la tarde escoltado por unos cien hombres; tomó el camino de Valparaíso y pasó por la Costa del Prado como a las tres. El activo capitán O'Brien eligió treinta Granaderos a Caballo y se puso a perseguirlo de cerca; informado que los fugitivos habían tomado la ruta del puerto, creyó probable hubieran ido a San Antonio, con el propósito de embarcarse en un buque que cruzaba frente a aquel punto; en consecuencia, el capitán tomó un atajo por la Cuesta Vieja, y se situó en dirección de Valparaíso. Osorio, después de flanquear la Cuesta Nueva, se había efectivamente detenido en las chozas al pie del cerro, mucho tiempo, para descansar; luego se lanzó a los desfiladeros de las montañas, dirigiéndose al Maule que alcanzó cerca de sus nacientes.

El tercer día después de la batalla, propuso a los que lo seguían, en atención a haber disminuido el ardor de la persecución, hacer alto para reposar ellos y los caballos; así se hizo y, mientras sus compañeros dormían, el general eligió diez o doce de sus guardias y, escogiendo los caballos mejores, pasaron el río a nado y furtivamente desaparecieron, dejando a los demás compañeros librados a su suerte.

Al descubrir el procedimiento traidor de su jefe, el oficial que seguía en graduación se entregó a la fuerza patriota más próxima, y él y sus compañeros fueron enviados a Talca como prisioneros de guerra.

Se ha afirmado que, de los seis mil hombres que, formando parte del lindo ejército español, combatieron en Maipú, no pasaron de dos mil los que volvieron a Talcahuano; los demás fueron muertos o prisioneros; por consiguiente, era imposible una victoria más completa.

Así terminó la siempre memorable batalla de Maipú que, por la magnitud del número e importancia de sus resultados, excedió en mucho a cualquier batalla librada en el lado occidental de los Andes. La carnicería, considerando el número de los combatientes, fue inmensa; de doce mil hombres tres mil quinientos quedaron fuera de combate.

Con esta victoria la causa independiente se consolidó de modo tan firme, que subsiguientemente llegó a aplastar el poder español en Sud América; pues si la acción hubiera favorecido a los realistas, es dudoso que tanto Perú como Chile se hubieran mantenido hasta el presente bajo la corona española.

La batalla de Maipú preparó el camino para la de Ayacucho, que se libró con éxito para los independientes en el Perú, el 9 de diciembre de 1824, contra doble número de enemigos, y arrancó a España la última porción del antes vasto dominio de las Américas *.

* SAMUEL A. HAIGH –autor del libro *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*, cuyo capítulo X se reproduce precedentemente– nació en Londres en 1794. Se embarcó para América en 1817, desembarcando en Buenos Aires, desde donde siguió viaje a Santiago de Chile, a través de la cordillera de los Andes.

En la capital chilena se relacionó con O'Higgins y con San Martín, de quien fue un admirador entusiasta.

Asistió a la batalla de Maipú, cuyas incidencias narra en su obra *Scketchet of Buenos Aires, Chile and Perú*, publicada en Londres, en 1829.

El capítulo de esta obra, que aquí publicamos, fue traducido al castellano por Diego Barros Arana y publicado en "La Libertad Electoral" de Santiago de Chile el 4 de abril de 1887.

El diario "El Tiempo" de Buenos Aires, publicó los días 5 y 6 de abril de 1909 este capítulo con el título: *Maipú, 5 de abril de 1818 – Relato de un testigo presencial.*

En 1910, D. Tomás Santa Coloma, a la sazón presidente del Club de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, mandó imprimir un folleto titulado *Recuerdos de Maipo, del libro "Bosquejos de Buenos Aires y Chile", por Samuel A. Haigh*, donde se reprodujo este mismo artículo y el cuadro "La Batalla de Maipú", original de Julio Fernández Villanueva.



"El abrazo de Maipú"

(Oleo de Pedro Subercasseaux; Chile, 1908. Original existente en el Museo Histórico Nacional.)

MAIPU

Fragmento del Capítulo XVIII, de la "Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana"

por BARTOLOMÉ MITRE

II

El teatro en que se desenvolvían estas operaciones, es una llanura limitada al este por el río Mapocho, que divide la ciudad de Santiago; al norte, por la serranía que la separa del valle de Aconcagua, y al sur por el Maipo que le da su nombre. Hacia el oeste se levanta una serie de lomadas y algunos montículos que corren de oriente a poniente, y se destacan en monótonas líneas prolongadas en el horizonte, rompiendo la uniformidad del paisaje algunos grupos de arbustos espinosos en un campo cubierto de pastos naturales, y en lontananza, las montañas que circundan el valle y le dan sus perspectivas. Al sur de Santiago, se prolonga por el espacio como a diez kilómetros, en la dirección antes indicada, una lomada baja de naturaleza caliza que por su aspecto lleva el nombre de Loma Blanca. Sobre la meseta de esta lomada evolucionaba el ejército patriota. En su extremidad oeste y a su frente, se alza otra lomada más alta, que forma un triángulo, cuyo vértice sudoeste se apoya en la hacienda de Espejo, conduciendo a ella un callejón en declive como de veinte metros de ancho y trescientos de largo, cortado por una ancha acequia en su fondo, y limitado a derecha e izquierda por viñas y potreros que cierran altos tapiales. Esta era la posición que ocupaba el ejército realista. Las dos lomadas están divididas por una depresión plana del terreno y hondonada longitudinal como de un kilómetro en su parte más ancha y doscientos cincuenta metros en la más angosta. Al este del vértice o puntilla de las lomas del sur se extiende un grupo de cerrillos aislados, y entre ellos uno más elevado, en forma de mamelón, que hace sistema con el triángulo ocupado por los realistas. El vértice este de esta posición, que era su parte más elevada, se destacaba como

un baluarte, y hacía frente a un ángulo truncado fronterizo de la Loma Blanca, que lo flanqueaba por una parte y lo enfilaba por otra. En este campo iba a decidirse la suerte de la independencia sudamericana.

El general San Martín, situado en la extremidad este de la Loma Blanca a diez kilómetros de Santiago, dominaba en su conjunción los tres caminos que comunicaban con los pasos del Maipo y amagaba el del Valparaíso, asegurándose una retirada, a la vez que cubría la capital por sus dos únicos puntos vulnerables, la cual para mayor garantía hizo atrincherar, guarneciéndola con 4.000 milicianos y un batallón bajo la dirección de O'Higgins, a quien su herida impedía asistir al campo de batalla. Su plan era atacar al enemigo sobre la marcha, sin darle tiempo a combinaciones, si se presentaba por los caminos del frente; correrse por su flanco derecho si tomaba el de la Calera, e interceptarle el de Valparaíso, maniobrando a todo evento con seguridad sobre la meseta de la loma en terreno ventajoso para dar y recibir batalla. Al efecto, dividió su ejército en tres grandes cuerpos formados en dos líneas: el primero a las órdenes de Las Heras, cubriendo el ala derecha; el segundo a las de Alvarado a la izquierda; y un tercero en reserva en segunda línea a cargo del coronel Hilarión de la Quintana.

Confió a Balcarce el mando general de la infantería, reservándose el de la caballería y de la reserva. El primer cuerpo lo formaban los batallones Nº 11 de Las Heras (argentino); los Cazadores de Coquimbo comandante Isaac Thompson (chileno); los Infantes de la Patria, comandante Bustamante (chileno); el regimiento de caballería argentino Granaderos a Caballo, al que se había agregado un escuadrón provisional de artilleros montados del ejército argentino por no tener piezas que servir, y la artillería chilena compuesta de 8 piezas de campaña a cargo del mayor Blanco Encalada. El segundo cuerpo lo componían los batallones Nº 1 de cazadores (argentino) de Alvarado; el Nº 8 de los Andes (argentino), comandante Enrique Martínez; el Nº 2 de Chile, comandante Cáceres; los Cazadores y Lanceros de Chile (argentinos y chilenos), a las órdenes de Freyre y Bueras, con nueve piezas de artillería chilena a cargo del mayor Borgoño. La reserva constaba: de los batallones Nº 1 y Nº 3 de Chile, comandantes Rivera y López; Nº 7 de los Andes (argentino), comandante Conde, y cuatro piezas de batir de a 12, mandadas por De la Plaza, y servidas por los artilleros argentinos que habían perdido su artillería en Cancha Rayada.

Contando con el triunfo, el general de los Andes supo infundir a todos su confianza, y en este concepto, dio instrucciones detalladas a sus jefes en vísperas de la batalla, a ejemplo de Federico. En ellas disponía que, la dotación de municiones de cada soldado sería de cien tiros y seis piedras; que antes de entrar en pelea se les daría una ración de vino o aguardiente, y los jefes perorarían con denuedo a sus tropas, imponiendo

pena de la vida al que se separase de las filas avanzando o retrocediendo, y advertían a la vez, de un modo claro y terminante, que si veían retirarse algún cuerpo, era porque el general en jefe lo mandaba así por astucia, según su plan.

Preveníales que los batallones de las alas debían siempre formar en columna de ataque, desplegando sólo en caso de necesidad o con expresa orden suya; y que todo cuerpo de infantería o caballería cargado el arma blanca, no esperaría la carga a pie firme, y a la distancia de cincuenta pasos, debía salir al encuentro a sable o bayoneta. No se recogería ningún herido durante el fuego, porque, decía: "necesitándose cuatro hombres para cada herido, se debilitaría la línea en un momento".

La enseña del cuartel general sería una bandera tricolor, y cuando se levantasen tres banderas "la tricolor de Chile, la bicolor argentina y una encarnada, gritaran todas las tropas ¡Viva la Patria! y en seguida cada cuerpo cargará el arma blanca al enemigo que tuviese al frente". Indicaba los uniformes y banderas de los cuerpos del ejército realista, y al referirse al Burgos, agregaba: "A este regimiento se le debe cargar la mano, por ser la esperanza y apoyo del enemigo". Recomendaba a los jefes de caballería, tomar siempre la ofensiva, por ser ésta la índole del soldado americano, y llevar a su retaguardia un pelotón de veinte y cinco hombres para sablear a los que volvieran cara y perseguir el enemigo. Por último les decía: "Esta batalla va a decidir la suerte de toda la América, y es preferible una muerte honrosa en el campo del honor a sufrirla por manos de nuestros verdugos. Yo estoy seguro de la victoria con la ayuda de los jefes del ejército a los que encargo tengan presentes estas observaciones".

Tomadas estas disposiciones y dictadas estas prevenciones, formó su ejército en dos líneas: en la primera línea las divisiones 1ª y 2ª, con sus respectivas baterías desplegadas a cada uno de los flancos y su caballería escalonada, poniendo la reserva en segunda línea y su artillería de batir al centro de la primera. En este orden permaneció los días 2, 3 y 4 de abril, con una vanguardia volante mandada por Balcarce, en observación de la línea de Maipo. Al tener noticia de que el enemigo vadeaba el río inclinándose hacia el poniente, desprendió toda su caballería con orden de atacar sus puestos avanzados, hostilizar sus columnas en la marcha y mantenerlo durante la noche en constante alarma. El fuego de las guerrillas, aproximándose cada vez más, y los repetidos partes, anunciaban que los realistas seguían avanzando. La noche del 4 se pasó así en alarma, rodeando los soldados patriotas grandes fogatas de huañil, que iluminaban todo el campo. San Martín dormía mientras tanto en un molino a la orilla del camino, envuelto en un capote militar.

Al amanecer del día 5 de abril, las guerrillas patriotas, al mando de Freyre y Melián se replegaban, dando parte que el enemigo avanzaba

en masa, en rumbo al camino que entronca con el de Santiago a Valparaíso. San Martín, que lo había previsto por su dirección en el día anterior, pensó que no podía tener por objeto sino cortarle la retirada sobre Aconcagua, o efectuar un movimiento de circunvalación interponiéndose entre él y la capital, o reservarse una retirada más segura en caso de contraste, pues la larga distancia y los ríos que tendría que atravesar, la hacían dificilísima hacia el sur. Lo primero estaba previsto y se neutralizaba por un simple cambio de frente; lo segundo era impracticable, pues tenía que describir un arco, de cuya cuerda era dueño; y lo último, una promesa más de triunfo completo. Para cerciorarse por sus propios ojos de este error estratégico y concertar sus movimientos tácticos, disfrazóse con un poncho y un sombrero de campesino, y acompañado por su inseparable ayudante O'Brien y el ingeniero D'Albe, seguido de una pequeña escolta, se dirigió a gran galope al ángulo truncado de la Loma Blanca señalado antes. Desde allí pudo observar a la distancia de cuatrocientos metros con el auxilio de su anteojo, la marcha de flanco que en perfecto orden ejecutaban las columnas españolas a tambor batiente y banderas desplegadas, al posesionarse de la lomada triangular fronteriza prolongando su izquierda sobre el camino de Valparaíso. "¡Qué brutos son estos godos!", exclamó con esa mezcla de resolución y buen humor que caracteriza a los héroes en los momentos supremos. Y agregó: "Osorio es más torpe de lo que yo pensaba". Dirigiéndose luego a sus acompañantes, les dijo: "El triunfo de este día es nuestro. ¡El sol por testigo!" El sol asomaba en aquel momento sobre las nevadas crestas de los Andes. La mañana estaba serena; ninguna nube empañaba el cielo, el aire estaba cargado de perfumes, y las aves cantaban entre los espinos en florescencia.

III

A las diez y media de la mañana el ejército argentino-chileno rompió una marcha de flanco en dos columnas paralelas, caminando rumbo al oeste por encima de la meseta de la Loma Blanca. En el curso de la marcha, ocurrió un episodio, que la historia debe recoger por la espectabilidad de los personajes, y da idea del temple del alma del general en ese momento. A medio camino, presentose el mariscal Brayer solicitando licencia para pasar a los baños de Colina. San Martín le contestó fríamente: "Con la misma licencia con que el señor general se retiró del campo de batalla de Talca, puede hacerlo a los baños; pero como en el término de media hora vamos a decidir la suerte de Chile, y Colina está a trece leguas y el enemigo a la vista, puede V.S. quedarse si sus males se lo permiten". El mariscal contestó: "No me hallo en estado de hacerlo porque mi antigua herida de la pierna no me lo permite". San

Martín le repuso en tono airado: "Señor General, el último tambor del Ejército Unido tiene más honor que V. S." Y volviendo a su caballo, dio orden a Balcarce sobre la marcha, hiciese saber al ejército, que el general de veinte años de combates quedaba suspenso de su empleo por indigno de ocuparlo. Después de este incidente, que hizo el efecto de una proclama, el ejército continuó su marcha hasta enfrentar la posición enemiga. Allí desplegó en batalla en dos líneas de masas por batallones, con la artillería de batir al centro de la primera; la volante a sus dos extremos y la caballería cubriendo las dos alas en columnas por escuadrones, situándose la reserva plegada en columnas paralelas cerradas a 150 metros a retaguardia.

El general realista, que había ocupado el promedio de la meseta de la loma triangular del sur, al observar el movimiento de los independientes, desprendió sobre su izquierda una gruesa columna compuesta de ocho compañías de granaderos y cazadores con cuatro piezas de artillería al mando de Primo de Rivera, que ocupó el mamelón destacado por aquella parte, con el doble objeto de amagar la derecha patriota y tomar por el flanco sus columnas si avanzaban, a la vez que asegurar su retirada por el camino de Valparaíso según su idea persistente.

El intervalo entre el mamelón y la puntilla norte del triángulo fue cubierto por Morgado con los escuadrones de dragones de la Frontera. Sobre la loma formó en batalla en la proyección noroeste y sudoeste en línea quebrada con el mamelón, pero sin cubrir todos los perfiles de la altura por el nordeste. Colocó los batallones Infante Don Carlos y Arequipa formando división, al mando de Ordóñez; y sobre la izquierda, el Burgos y el Concepción, a órdenes del comandante Lorenzo Morla, con cuatro piezas de artillería adscriptas a cada una de las dos divisiones. La extrema derecha fue cubierta por los Lanceros del Rey y los Dragones de Concepción.

En esta disposición se hallaron frente a frente los dos ejércitos beligerantes al sonar los doce del día, separados únicamente por la angosta hondonada que promedia entre los dos cordones de lomas que ocupaban independientes y realistas. Los dos ejércitos permanecieron por algún tiempo inmóviles, en sus respectivas posiciones, como esperando que el adversario tomase la iniciativa. Todas las probabilidades parecían estar contra el que llevase la ofensiva; tenía que atravesar un bajo descubierto sufriendo el fuego de la fusilería y el cañón que lo barría, y trepar las alturas del frente para desalojar de ellas al enemigo. Para los patriotas la desventaja era aún mayor, pues su derecha tenía que desalojar previamente las fuerzas que ocupaban el mamelón avanzado o recorrer un espacio de mil metros flanqueados por los fuegos de sus cañones. Ambas posiciones eran fuertes, y bien calculadas para la ofensiva, y la de los realistas más ventajosa aún. En cuanto a las fuerzas físicas y morales, estaban casi equilibradas, siendo igual la decisión de parte a parte, si

bien la de los realistas era numéricamente mayor. Por lo que respecta a las armas, la superioridad de los independientes era incontestable en artillería y caballería en número y también en calidad, y aún cuando éstos tenían nueve batallones de infantería, algunos de ellos no formaban sino 200 hombres, mientras los cuatro gruesos batallones con que contaban los primeros, divididos en ocho compañías, levantaban cerca de mil bayonetas cada uno. Lo único que inclinaba la balanza de las probabilidades, era el peso de las cabezas de los generales; pero ya se había visto cómo, en Cancha Rayada, las más hábiles combinaciones que aseguraban el triunfo, dieron por resultado la derrota. El plan de San Martín no era precisamente el de una batalla de orden oblicuo, y sin embargo, resultó tal por el atrevimiento, el arte consumado y la prudencia con que fue conducida. Fue una inspiración del campo de batalla, sugerida por errores del enemigo y peripecias de la acción en el momento decisivo, y esto realza su mérito como combinación técnica. El mismo San Martín jamás se atribuyó otro, y desdeñando con orgullosa modestia adornarse con laureles prestados, insinúa incidentalmente que el orden oblicuo se debió al uso oportuno que hizo de la reserva, como se verá luego. Los relieves de las respectivas posiciones y las proyecciones de las dos líneas de batalla, eran casi paralelas; pero los realistas habían retirado su derecha, formando en el promedio de la loma, sin cubrir sus perfiles, como queda dicho, y de aquí resultaba que la izquierda independiente desbordase la derecha realista en su posición y en su formación, y que teniendo que recorrer por esa parte la menor distancia de la hondonada intermedia, pudiese llevar con ventaja un ataque oblicuo o de flanco con el apoyo de la reserva. Tal es la síntesis táctica de la batalla de Maipú en sus preliminares.

El general en jefe que había levantado su enseña en el centro de la primera línea, observando la inacción del enemigo, mandó romper el fuego con las cuatro piezas de batir servidas por los artilleros argentinos, con el objeto de descubrir sus fuegos de artillería y sus planes. Una de las balas mató el caballo del general en jefe español. En el acto, la artillería española contestó ese fuego con el suyo, manteniendo su formación, y suministró a San Martín el dato que necesitaba. Era evidente que Osorio se preparaba a una batalla defensiva, y lo indicaba claramente, además de su formación, la circunstancia de no haber ocupado el perfil de las lomas de su posición, a fin de utilizar por más tiempo los fuegos de su infantería y aprovechar el espacio para dar con ventaja en su oportunidad una carga a la bayoneta con sus gruesos batallones, así que aquellos hubiesen diezmado los de los independientes. El general San Martín, tuvo entonces la intuición de la victoria, que debía decidir de los destinos de la América independiente. Dio audazmente la señal del ataque, mandando levantar en alto la bandera argen-

tina y chilena, y en medio de ellas, la bandera encarnada como una llamarada sangrienta. Su ojo penetrante había descubierto el flanco débil del enemigo, que era su derecha. Las "columnas se descolgaron" según la pintoresca expresión del mismo general en su parte, y "marcharon a la carga, arma al brazo sobre la línea enemiga", con entusiasmo, a paso acelerado. La reserva y la artillería permaneció en su puesto, esperando las órdenes del general.

IV

El movimiento se inició por la derecha; pero no era éste el verdadero punto de ataque. Su objeto era doble: desalojar la izquierda del enemigo destacada sobre el mamelón y amenazar el frente o la izquierda de su centro, concurriendo así al ataque de la izquierda, que tenía que recorrer la menor distancia entre las alturas para cargar sobre el flanco más desguarnecido. Según el éxito de una u otra ala, la batalla se empeñaría por la derecha o por la izquierda, interviniendo convenientemente la reserva en sostén de la que llevase la ventaja o la desventaja: en el primer caso, sería una batalla de frente, cortando la izquierda y desbordando la derecha enemiga, y en el segundo, un verdadero ataque oblicuo de la derecha flanqueando o tomando por retaguardia Las Heras las columnas realistas, y esto era lo que se proponía San Martín, al aprovechar el error cometido por Osorio, que iba a verse obligado a entrar en combate con todas sus fuerzas alterando su formación. En estas condiciones el secreto de la victoria estaba en el uso oportuno de la reserva.

Las Heras avanzó gallardamente sin disparar un tiro, a la cabeza del Nº 11 de los Andes, que era el nervio de la infantería del ejército, sostenido por los dos batallones que formaban su brigada, y lanzó al llano los escuadrones de granaderos montados, amenazando la posición del mamelón. La batería de cuatro cañones del mamelón rompió el fuego sobre el Nº 11 así que éste se presentó a la vista, causándole bastante estragos en sus filas, pero siguió avanzando con rapidez seguido por los cazadores de Coquimbo y los Infantes de la Patria de Chile, mientras la artillería de Blanco Encalada, que había quedado en posición sobre la loma, apoyaba el ataque lanzando sus proyectiles por encima de las columnas patriotas que marchaban por el terreno bajo. Primo de Rivera, que comprendió que el propósito de Las Heras era aislarlo de su línea de batalla, lanza a su vez su caballería situada entre el mamelón y la lomada triangular, Morgado carga con ímpetu a la cabeza de los dragones de la Frontera. Las Heras se cierra en masa y espera, dando órdenes a Zapiola que cargue por su derecha con la caballería. Los dos primeros escuadrones de granaderos, a órdenes de los coman-

dantes Manuel Escalada y Manuel Medina, salen al encuentro sable en mano, y hacen volver caras a los jinetes realistas, que reciben en su huida los disparos de la artillería de Blanco Encalada, y se ven obligados a refugiarse tras de su anterior posición. Escalada y Medina son recibidos por los fuegos de fusilería y de metralla del mamelón; remolinean, pero se rehacen con prontitud; dejan a su derecha la altura fortificada, y apoyados por Zapiola, siguen adelante en persecución de los derrotados, que se dispersan o se repliegan en desorden a la división de Morla sobre la loma. Las Heras se establece sólidamente con el Nº 11 en un cerrillo intermedio, fronterizo al mamelón y al ángulo nordeste del triángulo, en actitud de atacar el mamelón y concurrir al ataque de la izquierda. El ala izquierda de los realistas quedaba así aislada, y la izquierda de su centro amagada.

Casi simultáneamente con la carga de los granaderos a la derecha, el ala izquierda trepaba las alturas de la posición realista por el ángulo este iniciando un movimiento envolvente sin divisar todavía los cuerpos enemigos. Los realistas, apercibidos del error de haber retirado su derecha perdiendo las ventajas que les daba el terreno, o arrastrados por su ardor, se decidieron a tomar la ofensiva. Ordóñez, a la cabeza de los batallones "Infantes don Carlos" y el "Concepción", con dos piezas de artillería salió atrevidamente al encuentro de los patriotas en dos columnas de ataque paralelas, quien fue seguido muy luego por los batallones "Burgos" y "Arequipa", mandados por Morla, en la misma formación y escalonados por su izquierda. Osorio, que llegó a temer por su derecha y notando que quedaba sin reserva, mandó reconcentrar al centro de la línea la columna de granaderos destacada sobre el mamelón con Primo de Rivera. Ordóñez, al encimar con su división una de las colinas del campo, se encontró a distancia como de cien metros al frente de la de Alvarado, trabándose inmediatamente un combate de fusilería que causó estragos en ambas filas. Por desgracia, para los independientes, dos de sus batallones —el Nº 8 de los Andes y el Nº 2 de Chile— que ocupaban en un bajo una zona peligrosa de los fuegos contrarios, sufrieron considerables bajas en los primeros momentos, el Nº 8, compuesto de los negros libertos de Cuyo, mandado por Enrique Martínez, se desordena después de perder la mitad de su fuerza, y se retira en dispersión, el Nº 2 intenta cargar a la bayoneta para restablecer el combate, y al ejecutar esta operación se dispersa también. Alvarado, que cubría la izquierda con el Nº 4 de cazadores de los Andes, despliega en batalla y rompe el fuego; pero a su vez se ve obligado a ponerse en retirada para evitar una total derrota. La victoria parecía declararse en aquel costado por las armas españolas.

Ordóñez y Morla, con sus cuatro gruesos batallones escalonados en dos líneas de masas, levantando como 3.500 bayonetas, se lanzan en persecución del ala izquierda independiente casi deshecha, y sus cabezas

de columna descienden impetuosamente los declives de la lomada, con grandes aclamaciones de triunfo. En ese momento la artillería chilena de Borgoño, que con sus nueve piezas ligeras había quedado ocupando el perfil opuesto en la Loma Blanca, rompe sobre los vencedores un vivo fuego a bala rasa, que los hace vacilar; reaccionan éstos inmediatamente, pero al pisar el llano son recibidos por una lluvia de metralla que rompe sus columnas, haciéndolas retroceder, a pesar de los valerosos esfuerzos de Ordóñez y Morla. Al observar estas peripecias, Las Heras ordena a los "Infantes de la Patria" de Chile, que carguen sobre el flanco de la división de Morla; pero son rechazados y retroceden en algún desorden. Hacía veinte minutos que la lucha se mantenía en este estado incierto, cuando se oyó el toque de carga de la reserva independiente, y viose a sus columnas moverse a paso acelerado hacia el ángulo este de la posición enemiga.

San Martín, que se había mantenido en la altura de la Loma Blanca, en observación de los dos primeros movimientos de su derecha, dictando con sangre fría sus órdenes según las circunstancias, adelantóse con el cuartel general hasta la proximidad de la posición avanzada ocupada por Las Heras, para dirigir de más cerca las operaciones de su línea. Al notar desde este punto el rechazo de su izquierda, dio orden a la reserva que cargase en su protección, dirigiéndose con su escolta al sitio donde iba a decidirse la acción por un último y supremo esfuerzo. El coronel H. de la Quintana, a la cabeza de los batallones Nº 1 y 7 de los Andes, y el Nº 3 de Chile, descendió la loma, atravesando la hondonada efectuando con sus columnas una marcha oblicua sobre su izquierda, y llegó al ángulo este de la posición enemiga, en circunstancias que las columnas españolas se habían replegado a ella rechazadas por los certeros fuegos de artillería de Borgoño. A la vista de la reserva, los batallones Nº 8 de los Andes y Nº 2 de Chile, que no habían perdido del todo su formación, entran en línea, mientras Quintana trepa la altura del triángulo un poco a la derecha del punto por donde lo había efectuado antes Alvarado. El ataque oblicuo se iniciaba, y la batalla iba a cambiar de aspecto.

Aislada la izquierda realista, privada del apoyo de la caballería que la ligaba con su línea de batalla y debilitada de las compañías de granaderos que por orden de Osorio habían acudido a formar la reserva general, Las Heras se disponía arrebatar su posición, cuando Primo de Rivera que la mandaba, emprendió su retirada, dejando abandonado en el mamelón sus cuatro cañones. El Nº 11 de los Andes y los cazadores de Coquimbo, convergen entonces hacia el centro, persiguiendo activamente las fuerzas de Primo de Rivera, y toman la retaguardia enemiga, mientras el batallón "Infantes de la Patria" de Chile, rehecho, vuelve a concurrir al ataque de la izquierda. La batalla se concentraba en

breve espacio sobre la meseta triangular de la lomada de Espejo, donde iba a decidirse.

Casi simultáneamente, el combate se renovaba con más encarnizamiento por una y otra parte en la extremidad opuesta de la línea. Para despejar el ataque por este lado, San Martín ordena a los Cazadores montados de los Andes y a los Lanceros de Chile, que arrollen la caballería de la derecha enemiga. Bueras y Freyre cumplen bizarramente la orden, llevan una irresistible carga a fondo a los Lanceros del Rey y los Dragones de Concepción que salen a su encuentro, los hacen pedazos y los persiguen largo trecho en desbande hasta dispersarlos completamente. Bueras muere en la carga, atravesado de un balazo, Freyre, tomando el mando de todos los escuadrones, trepa la altura y amaga el flanco derecho de Ordóñez. La caballería realista de ambos costados ha desaparecido. El combate final se traba entre la infantería argentina-chilena y la española.

Los tres batallones de la reserva mandados por Quintana forman en línea de masas: el Nº 7 de los Andes más avanzado a la izquierda; el Nº 3 y el Nº 1 de Chile al centro y la izquierda, un poco más a retaguardia. Al trepar la altura, encuéntrase casi a quemarropa con las columnas de Ordóñez y Morla, que ocultas por un pliegue del terreno oblicuaban en aquel momento sobre su izquierda para hacer frente al nuevo ataque, sin cuidarse de la deshecha división de Alvarado. El "Burgos" y sus soldados entusiasmados gritan: "Aquí está el Burgos". Dieciocho batallas ganadas ¡Ninguna perdida!" La batalla se empeña con nuevo ardor a los gritos de ¡Viva la Patria! ¡Viva el Rey! Independientes y realistas hacen esfuerzos heroicos para alcanzar la victoria. Las distancias se estrechan. Los realistas resisten tenazmente, sin retroceder un solo paso. "Con dificultad, dice San Martín en su parte, se ha visto un ataque más bravo, más rápido y más sostenido, y jamás se vio una resistencia más vigorosa, más firme y más tenaz".

La división de Alvarado, rehecha en gran parte, entra al fuego por el mismo punto por donde había trepado antes la lomada y concurre al ataque de la reserva, a la vez que Borgoño, con ocho piezas, marcha al galope a ocupar la puntilla del este. La derecha patriota con la artillería de Blanco Encalada avanzada, convergen al centro y toma la retaguardia de los realistas. La caballería de Freyre, vencedora, amaga su flanco derecho. El Burgos agita su bandera y pelea como un león. El batallón Arequipa, mandado por Rodil, mantenía impávido su posición. Los batallones Infantes Don Carlos y Concepción, dirigidos personalmente por Ordóñez, se baten con desesperación. En esos momentos, el general en jefe del rey, abandona el campo de batalla y se entrega a la fuga. Ordóñez, el más digno de mandar a los realistas en la victoria y en la derrota, toma la dirección de la formidable columna de la infantería española, e intenta desplegar sus masas; pero el terreno le viene

estrecho, y se envuelve en sus propias maniobras. El Nº 7 de los Andes y el Nº 4 de Chile cargan a la bayoneta, a los gritos de ¡Viva la libertad!, y la escolta de San Martín, al mando del mayor Angel Pacheco, juntamente con Freyre, cargan sobre su flanco derecho. El Burgos forma cuadro, y rechaza las cargas, aunque con grandes pérdidas. Hacía media hora que duraba el porfiado combate. Los realistas, circundados, sin caballería que los apoye y exhaustos de fatiga, vacilan y empiezan a cejar, pero sin desordenarse. La última esperanza, es la reserva de granaderos desprendida de la izquierda que no pudo llegar a tiempo, y los cazadores de Morgado que perseguidos de cerca por Las Heras, quedan cortados y se precipitan en fuga sobre el callejón de Espejo. Ordóñez, con sus filas raleadas emprende con serenidad la retirada hacia la hacienda de Espejo, formando en masa compacta. San Martín redobla sus órdenes para que la persecución se haga vigorosamente a fin de impedir toda reacción, y condensa su ejército. Ordóñez continúa impávido su movimiento retrógrado, y con sus últimos restos se refugia en la hacienda de Espejo. La batalla estaba decidida por los independientes. San Martín, con el laconismo de un general espartano, dicta desde a caballo el primer parte de la batalla, y el cirujano Paroissien, lo escribe, con las manos teñidas en la sangre de los heridos que ha amputado: "Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño resto huye, nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. La patria es libre. Los enemigos del gran capitán sudamericano han dicho, que San Martín estaba borracho al escribir este parte. Un historiador chileno lo ha vengado de este insulto con un enérgico sarcasmo: "Imbéciles ¡estaba borracho de gloria!"

En ese instante oyéronse grandes aclamaciones en el campo. Era O'Higgins que llegaba. El Director, al saber que la batalla iba a empeñarse, devorado por la fiebre causada por su herida, monta a caballo y al frente de una parte de la guarnición de Santiago, se dirige al teatro de la acción. Al llegar a los suburbios, oye el primer cañonazo y apresura su marcha. En el camino, un mensajero le da la noticia que el ala izquierda patriota ha sido derrotada, y sigue adelante sin trepidar; pero al llegar a la loma tuvo la evidencia del triunfo. Adelantóse a gran galope con su estado mayor, y encuentra a San Martín a inmediaciones de la puntilla sudoeste del triángulo, en momentos que disponía el último ataque sobre la posición de Espejo: le echa al cuello desde a caballo su brazo izquierdo, y exclama: "¡Gloria al salvador de Chile!" El general vencedor, señalando las vendas ensangrentadas del brazo derecho del Director, prorrumpe: "General, Chile no olvidará jamás su sacrificio presentándose en el campo de batalla con su gloriosa herida abierta". Y reunidos ambos adelantáronse para completar la victoria. Eran las cinco de la tarde, y el sol declinaba en el horizonte.

La batalla no estaba terminada, Ordóñez, sin desmayar, se había posesionado del caserío de Espejo, dispuesto a salvar el honor de sus

armas con la resistencia, o la vida de sus soldados en una retirada protegida por la oscuridad de la noche. Reconcentró allí las compañías de granaderos y cazadores casi intactas, y los restos del Burgos, el Concepción y el Infante don Carlos, habiéndose el Arequipa retirado deshecho del campo con su comandante Rodil. El valeroso general español con una admirable sangre fría, lo dispone todo personalmente con habilidad y decisión. Coloca en el fondo del callejón, tras una ancha acequia frente de un puentecillo, los dos únicos cañones que le quedaban, sostenidos por cuatro compañías de fusileros. Forma el grueso de su infantería sobre una pequeña altura fronteriza a las casas, dando cara a los dos frentes vulnerables; reconcentra en el patio de la casa su reserva, pronta a acudir a todos los puntos amenazados; cubre con destacamentos los callejones laterales, y extiende en contorno, protegidos por las tapias y emboscados en las viñas en círculo de cazadores. En esta actitud decidida espera el último ataque.

Las Heras es el primero que persiguiendo a los cazadores de Morgado, llega a la puntilla sudoeste, fronteriza a la boca alta que domina el callejón de Espejo. Diose cuenta inmediatamente de la situación, y prudentemente dispuso que el batallón descendiera al llano y se ocultase tras de un pequeño mamelón al oriente del caserío (izquierda española) y esperase la señal de un toque de corneta para coronarlo y romper el fuego. A medida que fueron llegando otros batallones, les señaló sus puestos, y estableció convenientemente la artillería en la parte alta de la puntilla, a fin de cañonear la posición antes de dar el asalto. En esos momentos se presenta el general Balcarce, y ordena imperiosamente que el batallón Cazadores de Coquimbo ataque sin pérdida de tiempo por el callejón. El comandante Thompson, da la señal y penetra resueltamente en columna al desfiladero. Allí es recibido por la metralla de las dos piezas que lo defendían. Pretende avanzar; pero nuevas descargas de fusilería del frente y de los flancos, lo detienen, y al fin lo hacen retroceder en derrota, dejando en el sitio 350 cadáveres, salvando con todos sus oficiales heridos. Volvióse entonces al bien calculado plàn de Las Heras. Los comandantes Borgoño y Blanco Encalada rompieron el fuego con dieciséis piezas, que en menos de un cuarto de hora desconcertó las resistencias, obligando a los realistas deshechos por el cañoneo, a refugiarse en las casas y en la viña del fondo. La señal de asalto se da: el Nº 11, sostenido por dos piquetes del 7º y 8º de los Andes, carga por el flanco rompiendo tapias, y pasa a la bayoneta cuanto se le presenta. La batalla estaba terminada. Los realistas se dispersan en pelotones en las encrucijadas, viñas y potreros adyacentes. En ese momento hace su aparición en la lucha final, un regimiento auxiliar de milicias de Aconcagua, que lazo en mano se apodera de centenares de prisioneros como reses en el aprisco. Los vencedores irritados por el sacrificio del Coquimbo, continuaban matando cuando se presentó Las Heras, y mandó cesar la inútil carnicería. Pocos momentos después le

entregan sus espadas como prisioneros, el heroico general Ordóñez, el jefe del estado mayor Primo de Rivera, el jefe de la división Morla, los coroneles de la caballería Morgado y Rodríguez, y con excepción de Rodil, todos los oficiales de la infantería realista. Laprida, Besa, Latorre, Jiménez, Navia y Bagona, y multitud de oficiales. Las Heras alargó ambas manos a Ordóñez, y lo saludó como a un compañero de heroísmo, ofreciéndole noblemente su amistad, y amparando con su autoridad a sus compañeros de infortunio *.

* *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*, por Bartolomé Mitre. (Segunda edición. Tomo Segundo. Buenos Aires. 1889. Félix Lajouane, editor.) (Ver Capítulo XVIII, págs. 190-214.)



"Batalla de Maipú"

(Oleo de Julio Fernández Villanueva; Buenos Aires, 1889.
Oleo existente en el Museo Histórico Nacional).

BATALLA DE MAIPU

por José Pacífico Otero

El 5 de abril se cumple el 120º aniversario de una batalla que cambió por completo el aspecto de la revolución emancipadora de América. Ella tuvo por teatro los llanos de Maipú y las cuchillas que daban realce a estos llanos en las cercanías de Santiago de Chile. Fueron sus protagonistas, de un lado, los soldados del ejército aliado, argentinos y chilenos, y del otro, los realistas enviados por el virrey Pezuela para recuperar un reino perdido y vengar de este modo la doble derrota del paso de los Andes y de la batalla de Chacabuco, que facilitó a los libertadores del Plata la ejecución inmediata de su plan militar.

Pero si bien es cierto que son muchos y muy diversos los factores que permitieron llegar a este desenlace, no cabe duda que el factor principal, decisivo y dinámico, fue su general en jefe don José de San Martín, quien, después de haber proyectado la batalla de Talca, que fracasó por la sorpresa de Cancha Rayada, en pocos días rehizo su nombre en alas de la fama por toda América. La batalla comenzó la mañana del 5 de abril y terminó al promediar ese mismo día en la hacienda de Espejo, quedando los españoles en perfecta derrota y los criollos en condiciones de entregarse a nuevas tareas libertadoras y constructivas en pro de la causa que los mantenía en pie de guerra. No vamos a estudiar aquí esta batalla bajo el punto científico en el orden militar. El estudio ya está hecho y son muchas las escuelas de guerra que citan a la batalla de Maipú como citan la de Canna, la de Farsalia, de los tiempos antiguos, la de Austerlitz y la de Marengo ganadas por Napoleón. Vamos a decir como preparó San Martín este triunfo en un limitado espacio de tiempo y de qué modo el pueblo de Chile depositó en él su esperanza de salvación y finalmente hasta dónde aseguró la Providencia la intervención de este brazo guerrero en pro de tan noble y legítima causa. Lo que sí diremos es que a partir de Maipú, España se preparó para cantar sus propios funerales. El virreinato de Lima, que se creía invencible, comenzó a vacilar en su poderío centenario. La diplomacia de Madrid, que tenía en Londres su cuartel general, lanzó a su vez su grito

de alarma, y los libertadores del Norte, Bolívar, Sucre, Santander y otros satélites del astro del Orinoco, evidenciaron su júbilo al saber que la parte austral del continente, gracias al genio estratégico y militar de San Martín, acababa de consolidar sus destinos.

Las Provincias Argentinas, empeñadas cual ninguno en el resultado feliz de esta lucha titánica, vieron en el triunfo de Maipú un camino abierto para que San Martín prosiguiese su obra libertadora en la medida de lo posible y lo secundaron para que llevase a cabo su plan de la campaña libertadora del Pacífico. En esta empresa San Martín fue secundado con todo empeño por O'Higgins, director de Chile, y por otros políticos del nuevo Estado, que comprendían la necesidad de dominar el mar Pacífico, de entrar en Lima y de adueñarse mediante una victoria completa y decisiva de los destinos de ese virreinato. La comprensión de este pensamiento era el triunfo ideológico de San Martín. Soñaba él con la liberación de Lima desde su estada en España. Esa liberación lo alejó de la Península, lo trajo al Plata, lo convirtió en ejecutor de reclutas, lo hizo jefe del regimiento de Granaderos, le sirvió de causal para pedir a los argentinos la formación de un Congreso General Constituyente y, luego, lo llevó al gobierno de Cuyo, creando allí una fragua o sea un estado guerrero con todos los progresos técnicos que permitían la época y los medios, y que la guerra moderna no ha hecho más que imitar en gran escala, preparando el paso de los Andes y meditando su avance sobre Chile.

Tales antecedentes explican en cierto sentido el triunfo de la batalla de Maipú. No es el triunfo casual de un golpe feliz. Es el triunfo del cálculo del genio que acierta en la hora de su acción y, finalmente, el que da renombre perdurable al genio que lo realiza. Por eso bien dijo el poeta al cantar esta magnífica victoria: San Martín vive; todo injusto tema.

Por eso ese mismo día 5 de abril, a las seis de la tarde, cuando el sol poniente arrojaba sus últimos resplandores sobre las faldas andinas, San Martín pudo escribir a Pueyrredón, director de las Provincias Argentinas: "Los contrastes de las armas de la América son precursores de la libertad. Ya sabe V. E. que una incalculable sorpresa y no el valor del enemigo ni la timidez de nuestras tropas le dio sobre Lircay una victoria momentánea, dispersándose con la oscuridad de la noche una parte de nuestro ejército; pero el honor y constancia de los defensores de la Patria han triunfado hoy completamente".

"El enemigo, que adquirió confianza y un orgullo propio de su ridícula altivez, tuvo la arrogancia de acercarse hasta las inmediaciones de Santiago donde se habían replegado nuestras tropas."

"Tres días hace que había pasado el Maipo. Sus movimientos tortuosos indicaban que quería, favorecido por las sombras, repetir la

escena del 19 anterior, pero nuestros valientes que le conocían se han ido sobre él a la bayoneta a la una de la tarde, a pesar que resistía el ataque y que ocupaba sobre alturas una posición dominante. El ha sido completamente derrotado: más de mil quinientos prisioneros hay en nuestro poder con toda su artillería y parque. Los muertos no pueden calcularse; su dispersión ha sido completa; aun se le persigue con nuestra caballería. Entre muchos oficiales tenemos prisioneros al general Ordóñez y al jefe del Estado Mayor, Primo de Rivera".

Después de recomendar a su gobierno y a la América entera el brillante comportamiento del brigadier general Don Antonio González Balcarce, de Las Heras, de Alvarado, de Quintana "Nada existe del ejército enemigo. El que no ha sido muerto, es prisionero. Artillería, ciento sesenta oficiales, todos sus generales excepto Osorio, están en nuestro poder; espero que a este último me lo traigan hoy; la acción del 19 ha sido reemplazada con usura; en una palabra, ya no hay enemigos en Chile".

En esta forma modesta y sin jactancia, celebra San Martín la victoria militar más trascendental de América en los días de su independencia; por eso las hojas volantes del Plata pudieron decir: "¡Héroe de Chacabuco y Maipú, todos los patriotas pronuncian tu nombre con entusiasmo y con locura entre los transportes y las lágrimas. Todos los pueblos te consagran un reconocimiento eterno y lo ligan en herencia a las generaciones venideras! No dejarás de ser amado en una patria que has salvado dos veces, coronándola de laureles en la llanura y en los cerros".

La batalla de Maipú repercutió en América como en Europa, como repercuten los grandes acontecimientos. Con fecha 18 de agosto de 1818 Bolívar le escribe desde Angostura al general Pedro Zaraza lo siguiente: "Las gacetas inglesas contienen los partes de la brillante y decisiva jornada del 5 de abril de este año, en que el general San Martín ha derrotado y destrozado completamente, en las inmediaciones de Santiago, al ejército español del Perú, compuesto de 7.000 españoles, último resto de los opresores de aquel reino. Lima y El Callao están en poder de los republicanos; Guayaquil y Quito han sido también libertados por las armas republicanas".

El campo de batalla de Maipú se ha convertido en un punto de viva curiosidad para el que ama la historia y visita Chile. Desgraciadamente ha predominado cierta incuria en la conservación de esta parcela topográfica, cuna de la libertad americana, en el día de hoy es necesario realizar un esfuerzo mental para reconstruir en todo y en cada una de sus partes la batalla que San Martín libró en tres tiempos y que de las Lomas Blancas lo llevó a la hacienda de Espejo adonde llegó O'Higgins para abrazarlo y lanzar este grito que ha recogido la América: "Gloria al salvador de Chile".

Es de esperar que en un porvenir inmediato los dos estados usufructuarios de esta victoria perpetúen tamaño triunfo en otro símbolo más completo y más elocuente que el que en el día de hoy perdura el nombre de los vencedores. El monumento a la batalla de Maipú debe ser un monumento de Chile y la Argentina, que diga hasta dónde sabe llegar la gratitud nacional, muertos los héroes que la provocan. Hacemos votos para que así sea y no dudamos de que nuestro Instituto cooperará en la medida de lo posible para que este día de indemnización histórica se pronuncie para el honor del Plata, de Chile y de América *.

* Este fue el artículo póstumo del Dr. JOSE PACIFICO OTERO. Apareció en la revista SAN MARTIN, órgano del Instituto Sanmartiniano Nros. 7 y 8, después de la muerte de su autor, ocurrida en Buenos Aires, el 14 de mayo de 1937.

Este
libro se
terminó de
imprimir en
setiembre de 1978
en los Talleres Grá-
ficos TIPENC S.R.L.,
calle Aristóbulo
del Valle 1338,
Buenos
Aires.